

La ciudad como representación.



*Imaginario urbano y recreación
simbólica de la ciudad*

Natalia Miñanesio

New York University



El imaginario social está cada vez menos considerado como una suerte de adorno de las relaciones económicas, políticas, etcétera, que serían las únicas "reales". Las ciencias humanísticas le otorgan a los imaginarios sociales un lugar preponderante entre las representaciones colectivas y no los consideran "irreales" si no es precisamente, entre comillas,

Bronislaw Baczko, 1991¹

Introducción

La ciudad como objeto de estudio

Como unidad de estudio geográficamente determinada y como productora de su propia documentación, la ciudad ha facilitado su aprehensión analítica y se ha convertido en un objeto de estudio privilegiado por diversas disciplinas.² El interés se ha centrado en una diversidad de aspectos que incluyen, entre otros, los sociológicos, demográficos, antropológicos, arquitectónicos, urbanísticos e históricos. En cada caso, la ciudad fue objeto de distintas definiciones, se delimitaron diversos objetos de estudio y los investigadores se dedicaron con una extensa variedad de herramientas teóricas y metodológicas a reconstruir —desde diversas disciplinas— el mundo urbano presente y pasado.

Para las ciencias sociales, en general, la ciudad no ha sido más que un recurso. La sociología, la economía y la antropología urbana encuentran en la ciudad el escenario sobre el que recortan una multiplicidad de objetos de análisis.³

1. Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Nueva Visión, Bs. As., 1993, p. 14.

2. El siguiente análisis sobre la configuración y el estado actual de los estudios sobre el mundo urbano está inspirado en el trabajo de Annun, Diego. "Mundo urbano e historia social. A modo de introducción", en Annun, Diego (comp.) *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social Argentina*. Sudamericana, Bs. As., 1998.

3. Dentro del campo de lo que se conoce como sociología urbana exis-

En el campo de la arquitectura y el urbanismo, los estudios tradicionales sobre la historia cronológica de los edificios elegantes;⁴ la fundación y surgimiento de las ciudades⁵ y las obras con una evolución urbana como objetos de estudio,⁶ se han visto desplazados en los últimos años por una renovada aproximación al pasado urbano con una perspectiva centrada en las relaciones entre las formas, el espacio, el tiempo y las estructuras sociales y de poder. El hecho urbano —su apariencia sensible, su estructura formal y sus objetos— es entendido en su articulación con el clima cultural, los avances científicos y técnicos, la situación económica y política y las relaciones sociales.⁷

La historia, por su parte, ha legado estudios considerados clásicos de la historiografía local y cuyo objeto de análisis privilegiado también ha sido la ciudad.⁸ En los últimos años, entre los historiadores, el mundo urbano ha aparecido, por un lado, como el gran tópico de la historia local y por el

otro, como uno de los ámbitos, tal vez el más importante, donde la historia social ha buscado desarrollar sus temas. Los historiadores locales, preocupados por la reconstrucción topográfica de su objeto de estudio, han destacado las singularidades y la excepcionalidad organizada en torno de anécdotas y personajes, vinculados usualmente a las élités del lugar.⁹ Para los historiadores sociales, en cambio, la ciudad es el ámbito que les permite estudiar cómo nacen, crecen y se modifican las sociedades y con ellas las relaciones de clase, los conflictos, la cultura, las actividades productivas, las relaciones de poder y los modos de vida, entre otros.¹⁰ Aunque en menor medida que los científicos sociales, su preocupación por el tiempo los ha llevado a subvalorar el espacio como categoría histórico-social y la ciudad termina aportando la escenografía a preocupaciones que se construyen alrededor de temas como los ya señalados.¹¹

Tal vez una de las características más sobresalientes de la historia de la ciudad sea la interdisciplinariedad, evidenciada en la construcción y tratamiento de sus objetos de análisis. Sin embargo, si se trata de definir a la historia urbana, su especificidad reside en el papel específico y catalizador que, en mayor o menor medida, le otorga al espacio. Lo que caracteriza a la historia urbana es la focalización analítica sobre la dimensión espacial y sus permanencias y continuidades pero, fundamentalmente, sobre la interacción del espacio con los sujetos históricos y las relaciones e identidades sociales que se construyen como resultado. En otras palabras, el espacio urbano se convierte en objeto de interés para la investigación histórica por su participación en la construcción de los actores sociales, de sus relaciones e identidades pero, también, en tanto producto de éstas, en tanto su resultado.¹² Los aspectos que la diferencian de otras formas de hacer historia son su particular objeto de

estudio, así como los modos de acercamiento teórico y las formas de abordaje metodológico.

A pesar de las diferencias, científicos sociales, arquitectos, urbanistas e historiadores han centrado, en general, sus estudios en la materialidad y la realidad urbana y los hechos acaecidos en estos ámbitos, mostrándose poco interesados en el análisis de las formas de pensamiento, creencia e imaginación que conforman el mundo de las representaciones. En este contexto, los trabajos de Néstor García Canclini y de Armando Silva dedicados al estudio de los imaginarios urbanos en el ámbito latinoamericano, sobresalen como excepcionales.¹³ Para ambos autores la ciudad no es sólo un espacio para ser construido, habitado o vivenciado sino, también y fundamentalmente, imaginado. Como consecuencia, el análisis se centra en las representaciones de sus condiciones físicas contruidas y naturales, sus usos sociales, sus modalidades de expresión y sus tipos especiales de ciudadanos.¹⁴

temas importantes obras clásicas de referencia y de reconocimiento mundial, entre ellas Bergel, Egon, *Sociología urbana*. Biblioteca Argentina Bs. As. 1959 Ledrut Raymond, *Sociología urbana*. Instituto de Estudios de Administración Local Madrid, 1976 y *El espacio social de la ciudad*. En el campo de la economía, sirven de ejemplo Mills, Edwin, *Economía urbana*. Diana, México, 1975; Lasién, José, *Ensayos sobre economía regional y urbana*. Ariel, Madrid, 1976. Finalmente, dentro del campo de la antropología urbana se destaca un reciente trabajo de Gravano, Anelí, *Barrio sí, villa también dos estudios de antropología urbana sobre la producción ideológica de la vida cotidiana*, CEAL, Bs. As., 1991.

4. Gutiérrez, Ramón y Viñuales, Graciela, *Evolución de la Arquitectura en Rosario (1850-1930)*. Austral, Rosario, 1977. Viñuales, Graciela "Ideas y realidades de la arquitectura residencial en Buenos Aires a fines de siglo XIX" en *AAVV Sectores populares y vida urbana*, CLACSO, Bs. As., 1984.

5. Viñuales, Graciela "Las ciudades de nueva fundación en la Argentina (1870-1925)", en Correa, Antonio (coord.), *Urbanismo e Historia Urbana en el Mundo Hispánico*, Tomo I Edición de la Universidad Complutense de Madrid 1985. Randle, P. H., *La ciudad pampeña. Aproximación para la promoción de Estudios Territoriales y Ambientales*, OIKOS, Bs. As., 1977; Yujrowsky, Oscar *La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano* S. A. P. Bs. As., 1971.

6. Martínez de San Vicente, sebe, "La formación de la estructura colectiva de la ciudad de Rosario", en Cuadernos del CUADUR, No. 7. Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño, UNR, Rosario, 1985. González Trejeres, Alberto *Problemas urbanísticos de Rosario*. ● FR. Rosario, 1958.

7. Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires (1887-1936)*. Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes Bs. As., 1998. Liernur, Jorge y Sívetti, Graciela *El Umbra de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Sudamericana, Bs. As., 1993.

8. Los tres estudios más importantes son Rágori, Amicari, *Historia de la ciudad argentina*, Imprenta López Bs. As., 1945 que conjuga la historia tradicional con la geografía humana y datos antropológicos. Romero, José Luis *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XX, Bs. As., 1976, que desde la historia social y cultural se propone analizar el papel que las ciudades han cumplido en el proceso histórico latinoamericano desde la conquista hasta mediados de siglo XX, sosteniendo como hipótesis que es en las ciudades y sus sociedades urbanas donde hay que buscar las claves de desarrollo de la región, en vez de hacerlo en el mundo rural y, finalmente, Scobie James, *Buenos Aires del centro a los barrios 1870*

1970

9. Soiar, Bs. As., 1977, que es una interpretación socioeconómica de crecimiento urbano de la ciudad cuya evolución el autor entiende como símbolo y expresión del desarrollo del país en general.

10. Megias, Alicia, "Los modos de hacer política en Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX. Rosario, escenario y protagonistas", en *Estudios Sociales* No. 3, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1992.

11. Ejemplos significativos en este sentido convertidos en clásicos de la historia social en español son las compilaciones de artículos ya mencionados: Armus Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, op. cit., y AAVV *Sectores populares y vida urbana*, op. cit. Entre otros buenos ejemplos pueden mencionarse también Ricardo *El mundo del trabajo urbano (1850-1914)*. CEAL, Bs. As., 1986. Romero, Luis Alberto, "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", en Romero, Luis Alberto y Gutiérrez Leandro *Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Bs. As., 1995.

12. En el caso de las historias política y económica el aporte de la ciudad como marco escenográfico o recorte espacial dentro del que se inscriben los problemas objetos de análisis es aun más evidente. Adaggio, Noemí, "Rosario urbana: gestión municipal de 1886 a 1890", en *Estudios Socia-*

les No. 4, UNL, Santa Fe, 1993. Silverstein, Canina, "Administración y política los rosarios en Rosario, 1860-1890", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, No. 6-7, Año 2, CEMLA, Bs. As., 1987. Megias Alicia, op. cit., Farquén, Diana, "Vitalidad de la inscripción electoral en 1890 en Rosario" en *Res Gesa* No. 10, Universidad Católica Argentina Rosario 1981; Asensio, Eduardo *Origen y desarrollo comercial de Rosario*, Rosario, 1946. Gschwerc, Jorge, *Antecedentes para la Historia económica de Rosario*. Academia Nacional de la Historia Editorial, Rosario, 1948.

13. Dias Coelho, Franklin "Historia urbana, sujetos sociales y construcción de identidades territoriales", en *Seminario Economía y relaciones de poder. A historia económica vista por diferentes recortes*, Ponencia en el Simposio Economía y relaciones de poder organizado por la Universidad Federal Fluminense, 1996.

14. García Canclini, Néstor, *Imaginarios Urbanos*, Eudeba, Bs. As., 1997 y *La ciudad de los viajeros. Travesías e Imaginarios Urbanos México 1940-2000*. LAM, México, 1997. Silva, Armando, *Imaginarios Urbanos Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.

15. Silva Armando, op. cit., p. 18.

De esta manera, el espacio urbano es considerado el producto de un proceso de construcción material que origina sus casas, calles y espacios verdes, pero asimismo el resultado de un proceso de construcción simbólica que genera una multiplicidad de imágenes de variadas significaciones.¹⁵ La ciudad es, entonces, representación o conjunto de representaciones; es escenario semiótico privilegiado; es teatro de recreación imaginaria.

El propósito de este trabajo es presentar algunas reflexiones teóricas y metodológicas sobre el concepto de imaginario urbano como objeto de estudio de la disciplina histórica. Para ello se analiza el concepto de imaginario colectivo; se reflexiona sobre el estudio de las representaciones como parte de la historia cultural; se distingue conceptual y metodológicamente entre mentalidades e imaginario; se problematiza sobre la naturaleza real o ficcional de éste último; se caracteriza al concepto de imaginario urbano y se propone, como uno de los tantos abordajes posibles para su estudio, el análisis de los actores sociales que se constituyen como sus autores.

El concepto de imaginario colectivo

A lo largo de su historia las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias realidades pasadas y presentes, a imaginarse a sí mismas de modo colectivo, generando un conjunto de ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad.¹⁶ Estas representaciones colectivas constituyen la materia del imaginario

Ni el concepto de representación ni el de imaginario pueden entenderse por fuera de la definición de la facultad que los hace posibles: la imaginación.

*insinuada en la percepción misma, mezclada con las operaciones de la memoria, abriendo alrededor de nosotros el horizonte de lo posible, escuchando el proyecto, el temor, las conjeturas, la imaginación es mucho más que una facultad para evocar imágenes que multiplicarían el mundo de nuestras percepciones directas. es un poder de separación gracias al cual nos representamos las cosas alejadas y nos distanciamos de las realidades presentes*¹⁷

Sin embargo, los estudios contemporáneos sobre la imaginación social no buscan caracterizar una "facultad" psicológica autónoma; en realidad, tratan de delimitar un aspecto de la vida social.¹⁸

El concepto de imaginario hace referencia, por un lado, a la actividad de invención, de creación, de apropiación, de percepción, de conformación de una visión de la realidad de los actores sociales y, por el otro, a los productos que resultan de esta actividad y que ponen de manifiesto sus particularidades. Leyendas, creencias, historias, mitos, imágenes, pinturas, fotografías, películas, canciones, obras literarias, tradiciones, costumbres, son sólo algunas de las formas en que el imaginario toma cuerpo como actividad y resultado.

Toda representación implica la relación entre un objeto ausente y una imagen presente. Las imágenes tienden a reproducir, bajo el modo de representación, a los objetos del mundo sensible. La representación imaginaria del objeto se constituye,

entonces, como una mediación significativa frente al mismo objeto ausente, de aquí la función simbólica de la que depende el imaginario para existir: las imágenes están allí en representación de una otra que no está; el simbolismo presupone un vínculo entre una imagen y un objeto por el cual la primera representa al segundo. En otras palabras, los signos significantes o símbolos son los mediadores universales entre el hombre y las cosas, dotándolas de un significado que las valoriza por algo más o menos diferente de lo que son.¹⁹

Lo imaginario depende de lo simbólico para existir: las imágenes están allí en representación de otra cosa y, por lo tanto, tienen una función simbólica. Sin embargo, el simbolismo presupone a su vez la capacidad imaginaria por la cual se establece entre dos términos un vínculo por el que uno representa al otro. Esto no significa que todos los acontecimientos, actos y objetos sean directamente símbolos, pero sin duda son imposibles de aprehender y de comprender por fuera de una red simbólica. Como consecuencia, para que el signo sea entendido en su función significativa es necesaria la existencia de un código, de un conjunto de reglas de sustitución o convenciones que establezcan un orden simbólico compartido. Por ejemplo, tal vez no sepamos con seguridad de donde ha surgido la asociación pero la mayoría entiende al león y su melena como símbolos de fuerza y de liderazgo.²⁰ Aun así, no todas las significaciones simbólicas son tan comúnmente conocidas. Ni todos contamos con el conocimiento necesario para entenderlas. Además, el significado trasciende su vinculación a un único

significado específico, terminando inmerso en diferentes relaciones de significación según los casos.

La percepción, la reinención representacional no es una actividad que se limite a la realidad actual: lo imaginario opera en la producción de visiones del presente, así como del pasado y del futuro. De hecho, una de sus funciones es el dominio y la organización del tiempo colectivo sobre el plano simbólico. En este caso y como resultado justamente de la naturaleza retrospectiva de la actividad, la conformación imaginaria de la memoria colectiva aumenta la carga simbólica y legendaria de los objetos que la constituyen. Las representaciones del pasado lo reclasifican, lo modelan, lo actualizan o lo ensombrecen; en todos los casos se trata de un acto de apropiación, de resignificación y de reconquista, en el cual, la mayoría de las veces, los acontecimientos y los objetos en su apariencia sensible se diluyen tras las representaciones imaginarias a las que dan origen y encuadran.²¹

Historia cultural y representaciones

La historia cultural comprometida en la búsqueda de una "historia con rostro humano", que surge a finales de los años setenta como reacción contra la "vieja nueva historia" aquella ejemplificada de manera paradigmática por la historia económica y la historia de la estructura social, enfatizando en el análisis de las grandes tendencias a largo plazo y de las estructuras— es la más adecuada a la hora de filiar a un campo de investigación histórica determinado el estudio de las representaciones. El surgi-

15. García Canicini, Néstor, "Viajes e imaginarios urbanos", en *Imaginar los Urbanos*, op. cit., p. 139.

16. Baczkó, Bronisław, op. cit., p. 8.

17. Starobinski, J., *La relación crítica*, Taurus, 1974, citado en Baczkó, Bronisław, op. cit., p. 27.

18. Baczkó, Bronisław, op. cit., p. 27.

19. Colombo, Eduardo, "El signo o simbólico y lo imaginario", en Colombo, Eduardo, (comp.), *El imaginario social*, Altamira, Montevideo, 1993, p. 21.

20. Castoradis, Cornelius, "La insinuación imaginaria de la sociedad", en Colombo, Eduardo, (comp.), op. cit., p. 36-49.

21. Baczkó, Bronisław, op. cit.

En el marco de esta historia cultural marcó el fin de la estrecha definición de cultura basada en la producción estética e intelectual de las élites, sumando a este aspecto otros que se convirtieron en los objetos de estudio predominantes entre los investigadores del área, tales como la vida cotidiana, las prácticas y las actitudes de los sectores populares, los objetos materiales de los que ésta se rodeaba y las diversas formas en que percibían e imaginaban el mundo. Los aspectos culturales fusionados con la sociedad sugirieron a Peter Burke la denominación más precisa de historia socio-cultural, dividida a su vez en ámbitos de trabajo diferenciados por preocupaciones históricas distintas: una historia de la vida cotidiana fácilmente identificable en la tradición historiográfica alemana, una historia desde abajo reconocible entre los historiadores ingleses, la microhistoria surgida entre los historiadores italianos y la historia de las mentalidades, más tarde o de las representaciones, de fuerte predominio entre los historiadores franceses.²²

Es así como dentro de la historia cultural definida como el estudio de la cultura en sentido antropológico —incluyendo concepciones del mundo y mentalidades colectivas—²³ es historiográficamente correcto incluir el estudio de las representaciones. De hecho, se le define como la historia de la construcción de la significación y toda representación es construcción de sentido. Esta concepción

de la cultura nada tiene que ver con aquella, ya inadmisiblemente, que la asociaba con exclusividad al conjunto de producciones artísticas e intelectuales de una élite o, como sostiene Raymond Williams, a un estado desarrollado de la mente, los procesos y medios de este desarrollo.²⁴ Por el contrario, se concibe a la cultura como un conjunto de significaciones enunciadas, tanto en los discursos como en las conductas, transmitidas históricamente y expresadas en símbolos.²⁵ Si algo caracteriza a los objetos de análisis de la historia cultural son sus funciones como representaciones de una realidad que fue captada desde modalidades, tanto filosóficas como literarias o visuales.

Imaginario y mentalidades

El uso del concepto de imaginario responde a una elección teórico-metodológica hecha entre diversas categorías que son utilizadas para dar cuenta de una materia más o menos parecida a la suya. Entre éstas, tal vez una de las más consensuadas sea la de mentalidades, que alude tanto a lo que se concibe como a lo que se siente y cuyo acento está puesto en la naturaleza colectiva de los sistemas de representaciones y de valores que las integran, en contraposición con la construcción conciente individual a la que suele hacer referencia el concepto de idea.²⁶ En términos generales, las mentalidades

se caracterizan por su impersonalidad y su lentitud para el cambio dentro del proceso histórico y, fundamentalmente, por la connotación decididamente interclasista como las han caracterizado sus principales exponentes dentro de la historiografía. Esta naturaleza colectiva, homogeneizante, fue más tarde puesta en cuestión por quienes reivindicaron el uso del concepto de “cultura popular”.²⁷ Además de las mentalidades, la “visión del mundo” de Lukacs, el “utillaje mental” de Lucien Febvre y el “habitus” de Erwin Panofsky y de Pierre Bourdieu²⁸ son algunas de las categorías utilizadas para caracterizar, con sus variantes, la construcción y organización mental del mundo.

Aunque fuertemente anclados en nuestra tradición lingüística e intelectual, tanto el concepto de imaginario como el de mentalidades, presentan una amplia ambigüedad tanto en sus definiciones como en sus usos. En términos generales, puede afirmarse que existen tantas definiciones y usos como estudios e investigaciones los han empleado. La primera diferenciación entre los conceptos de mentalidades e imaginario resulta de la reflexión historiográfica sobre ellos. En este sentido, Peter Burke sostiene e progresivo reemplazo en el ámbito de la investigación histórica del término mentalidades —clave hacia finales de los años setenta— por el de repre-

sentaciones, hacia principios de los años noventa.²⁹ No obstante, existen otros aspectos conceptuales y metodológicos que sirven para distinguirlos entre sí de manera más acabada. La principal diferencia entre ambos es la propia materia conceptual con la que tradicionalmente se les ha definido: mientras las mentalidades aluden a las creencias, los pensamientos y hasta los sentimientos; el imaginario se asocia especialmente a conceptos como el de representación y el de imagen. A pesar del uso indistinto que se ha hecho de estos conceptos y de su asimilación entre sí, la realidad es que son distintos por definición y, como consecuencia, cargan de diferentes contenidos a los términos de mentalidades e imaginario y les imprimen en cada caso connotaciones diferenciadoras. Sirva como ejemplo la relativa intangibilidad e invisibilización material que suponen los términos como creencias, pensamientos y sentimientos y, en contraposición, la mayor tangibilidad y visibilidad a las que remiten los términos de representación e imagen. Otro aspecto diferenciador importante es que, a diferencia de las mentalidades que han supuesto inmovilización y larga permanencia histórica, se ha entendido al imaginario con una mayor capacidad para el cambio y el movimiento; esto se debe, sin duda, a la relación que muchos historiadores han visto

22. Burke, Peter. “La nueva historia socio-cultural”, en *Revista Historia Social*, No. 17, otoño. Valencia, 1993.

23. Darnton, Robert. “Intellectual and cultural history” en Kammer, M. (comp.), *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*. Cornell University Press, 1980. tomado de Chartier, Roger. *El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural*. Geosa, Barcelona, 1992, p. 14.

24. Williams, Raymond. “Hacia una sociología de la cultura”, en *Cultu-*

ra: Sociología de la comunicación y del arte, Paidós, Barcelona, 1951, pp. 10-13.

25. Geertz, C., *The Interpretation of Culture*. Basic Books Inc., Nueva York, 1973, p. 89.

26. La primera parte de la definición de mentalidades corresponde a Robert Mandrou, mientras la segunda pertenece a Jacques Le Goff, tomadas de Chartier, Roger *op. cit.*, p. 23. Como sostiene Vové e, Michelle, “Introducción”, en *Ideologías y mentalidades*, Editorial Ariel, Barcelona, 1985,

p. 11, aunque la historia de las mentalidades presenta un primer periodo a partir de la letra del que forman parte El gran miedo de Georges Duby y *El orago de la Edad Media* de J. Huizinga y luego puede comenzar a hablarse de historia de las mentalidades strictu sensu con Lucien Febvre y *El problema del descremamiento en el siglo XVI: la religión de Rabalais*, no es sino hasta los años 60 con Robert Mandrou y su *Introducción a la Francia moderna: Ensayo de psicología histórica: 1500-1640* y con Georges Duby y su *Historia de las mentalidades*, que este nuevo campo de la historia comienza a obtener reconocimiento oficial.

27. La crítica al carácter interclasista del concepto de mentalidades partiendo de la definición de Jacques Le Goff y la elección teórico-

metodológica del concepto de “cultura popular” son de Ginzburg, Carlo. “Prefacio” en *El queso y los gusanos*. Muchnik, Barcelona, 1986, p. 25. Le Goff sostiene que “El nivel de la historia de las mentalidades es el de lo cotidiano y de lo automático. Lo que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es revelador del momento impersonal de su pensamiento, es lo que Cesar y el último de sus soldados, Sansón y los campesinos de sus tierras, Cristóbal Colón y el marino de sus carabelas tienen en común”. Le Goff, Jacques, “Las mentalidades: Una historia ambigua”, en AA.VV. *Hacer la historia*. Vol. I, Laia, Barcelona, 1980, p. 25.

28. Chartier, Roger, *op. cit.*, p. 23.

29. Burke, Peter *op. cit.*, p. 107.

entre el imaginario y la acción social que es, en sí misma, cambiante. A las representaciones, a diferencia de las mentalidades, se les han adjudicado fuertes vínculos con las prácticas sociales. Las representaciones nacen de las prácticas y éstas de aquellas en una relación simbiótica o de la que parecen carecer las mentalidades. Finalmente, y sin negar las diferencias apuntadas, muchos han comprendido a las mentalidades dotadas de un carácter más general, global o de totalidad y, al imaginario, como una parte integrante de aquéllas.

Imaginario: su naturaleza "real" o "ficcional"

La valoración historiográfica del imaginario como objeto de análisis se produjo en contraposición a corrientes "cientificistas y realistas" de extendido predicamento en el siglo XIX, que tenían como objetivo aislar "lo verdadero y lo real" — los hombres productores de su propia historia—, de lo ilusorio y o quimérico—creencias, mitos, imágenes—, a través de una "operación científica reveladora y demistificadora".³¹ En el campo de la historia, la aparición del imaginario como centro de interés para el análisis, fue resultado de la fragmentación de la propuesta de "historia global" de los fundadores de la escuela de los Annales; de la crítica a los problemas y temas abordados tradicionalmente por la historiografía (la historia "maternal" o de las "condiciones objetivas", la historia de las ideas, la histo-

ria económica y la social y los productos historiográficos del marxismo vulgar basados en la concepción de superestructuras en tanto "reflejos" mecánicamente nacidos de las infraestructuras socioeconómicas) y del aumento de los abordajes interdisciplinarios resultantes de la apertura de la historia hacia otras áreas del conocimiento de lo social, particularmente la etnografía, la antropología, la sociología y la psicología social. Con el transcurso del tiempo, el imaginario ha adquirido entidad propia como objeto de estudio de las ciencias humanas, dejando de ser el complemento obvio para la comprensión del proceso histórico que era considerado como constituido hegemónicamente por relaciones económicas y sociales entendidas como "reales".³²

Sin embargo, la entidad del imaginario definido en términos de real o ficcional es aún hoy una discusión vigente, así como es materia de controversia todo aquello que involucre una definición de realidad. En algunos casos, la concepción del imaginario como resultado de la percepción y representación que hacen los actores sociales de las condiciones objetivas de existencia se ha entendido a partir de una dicotomía entre lo real y lo imaginario. La "invisibilidad" e "intangibilidad"³³ con las que ha solido definirse al imaginario fomentaron a división irreconciliable en dos dominios diferentes, por un lado, de la materia y los hechos y, por el otro, de lo representacional. Pero, el planteamiento de esta división desconoce tres cuestiones

fundamentales: en primer lugar, que lo imaginario tiene una realidad específica que reside no solo en su misma existencia puesta en evidencia como actividad y como su resultado (a mayoría de las fuentes históricas utilizadas para recrear lo imaginario son actitudes o gestos documentados y artefactos materiales que lo suponen o lo evidencian con indiscutida visibilidad y tangibilidad), sino en su impacto variable, su influencia sobre los comportamientos colectivos. En segundo lugar, que el estudio de lo social (entendido en sentido amplio) jamás puede reducirse a sus componentes físicos y materiales si su objetivo es la perfectibilidad del conocimiento adquirido sobre la sociedad. Finalmente, aunque no menos importante, que el carácter imaginario del objeto de estudio no implica su carácter ilusorio.

En general, los historiadores son deudores de una idea "pobre" de lo real³⁴ que ha servido para jerarquizar diversos tipos de historia diferenciados entre sí por el tipo de fuentes documentales de distinta naturaleza que utilizan. Tradicionalmente, al historiador dedicado a la economía y a la sociedad, al tratamiento de "lo real", se ha opuesto el historiador de las representaciones centrado en el estudio de cómo los hombres "piensan e interpretan la realidad". A esta clásica división del trabajo historiográfico ha correspondido paralelamente, una división de fuentes históricas. En este sentido, a los "documentos" que sometidos a la crítica revelan "la realidad del pasado", se oponen a fuentes de

naturaleza artística, testimonial, pictórica, fotográfica y oral de "estatuto ficcional" que no podrían considerarse verdaderos testigos del pasado. Mas, asentada sobre estas bases, la dicotomía con pretensiones jerarquizadoras entre realidad y representación como objetos de estudio resulta aún menos fundada. De hecho, al igual que cualquier otra fuente documental, hasta el documento histórico al que tradicionalmente se le asigna por su naturaleza mayor confiabilidad testimonial (por ejemplo un informe o acta estatal o memorias judiciales o policiales) no puede anularse como texto, es decir, no puede anularse como sistema construido según categorías, esquemas de percepción y de apreciación, reglas de funcionamiento y modelos discursivos e intelectuales que conducen a sus condiciones de producción y a su relación con la realidad que es su referente. Ni los documentos de un tipo ni los del otro son "reflejos" de la realidad histórica, cada uno guarda una especificidad como consecuencia de sus reglas de organización y elaboración particulares y, en todos los casos, los efectos testimoniales se encuentran lejos de una descripción indiscutida de la realidad o de los hechos "tal como fueron".

La oposición entre la historia política, social y económica y la dedicada a las producciones del imaginario basada en sus objetos de estudio, en tanto "más o menos reales" no hace más que embobrecer el concepto de lo real, negando o como articulación entre práctica y representación

30. Baczkó, Bronisław, *op. cit.*, p. 15.

31. Como sostiene Baczkó, paradójicamente, la tendencia que consistió en entender al imaginario como un real deformado (por ejemplo, el concepto de ideología en Marx, se imponía en una época en la cual la producción de ideologías y mitos políticos modernos se volvía parte ar-

mente interesada y renovaba el imaginario colectivo tradicional y sus modos de difusión. Baczkó, Bronisław, *op. cit.*, pp. 19-21.

32. *Idem.*, p. 14.

33. García Carrión, Néstor, "Ciudades multiculturales y contradicciones de la modernidad", en *Imaginario Urbano* *op. cit.*, pp. 94-95.

34. Charrier, Roger, *op. cit.*, p. 73. El autor sostiene esta afirmación por la discriminación que los historiadores han solido realizar entre lo social —que han entendido como el campo de la realidad— y el discurso, a diferencia de las ficciones que se hallan fuera de dicho campo. Charrier critica la distinción discriminatoria entre los objetos de estudio de la historia basada en grados de realidad así como la creencia o resignación a ase- en objetos de estudio "naturales" para la historia.

Lo esencial no consiste entonces en distinguir entre esos grados de realidad (lo que desde hace mucho tiempo ha sido la base de la oposición entre una historia socioeconómica que llamaba a lo real a través de los materiales documentales y otra historia, dedicada a las producciones del imaginario, sino en comprender cómo la articulación de los regímenes de práct-

ca y de las series de discursos produce aquello que es lícito designar como la "realidad", objeto de la historia³⁵

Así definida la realidad, el pasado requiere, entonces, ser aprehendido por una historia de prácticas y de representaciones.

El imaginario urbano

Historiográficamente, el concepto de imaginario ha sido generalmente adjetivado para su uso. El calificativo de "social" ha sido sin duda el más recurrente y del que son deudores algunos de los estudios más importantes de la historiografía mundial.³⁶ Con el término social no sólo se ha sabido definir la orientación de la actividad imaginante hacia lo social —hacia la producción de representaciones globales de la sociedad y de todo aquello relacionado con ella como el orden social, los actores sociales, las relaciones entre ellos establecidas y las instituciones sociales y políticas entre otros—, sino también el carácter colectivo del imaginario, aludiendo a la inserción de la actividad imaginante individual dentro un fenómeno global.³⁷ El concepto de imaginar o también ha sido calificado como político, religioso o económico. Sin embargo, y a pesar de que estos términos hacen referencia a la especificidad de la orientación imaginante de cada uno de estos planos —que son más analíticos que reales—, en ningún caso pueden escapar de su pertenencia a lo social en sentido amplio, no sólo por su carac-

35. *Idem*

36. Dos obras de referencia en este sentido son las ya mencionadas de Roger Chartier y Bronisław Baczko. En el marco de esta se destaca la compilación de artículos sobre el tema de Eduardo Colombo anteriormente citado.

37. Baczko, Bronisław *op. cit.*, p. 27

ter colectivo sino por ser también parte, finalmente, de la producción de representaciones globales de la sociedad.

Lo mismo puede aplicarse en el caso, mucho menos común dentro de la historiografía, del imaginario urbano. Las representaciones de lo urbano remiten a un aspecto bastante descuidado por la investigación histórica, que preocupada fundamentalmente por las relaciones de los sujetos históricos entre sí, desde su materialidad o desde lo simbólico, ha desatendido una de las formas de relación y de pertenencia elemental y primera: la del sujeto con el espacio. La investigación se orientó, en general, a los aspectos materiales de dicha relación y descuidó los que tuvieran que ver con las actividades y productos resultantes de la conformación de una visión representacional de la realidad urbana presente o pasada.

A diferencia del imaginario político, religioso o social definidos conceptualmente por calificativos que designan áreas de contenidos y problemáticas teóricas específicas; el imaginario urbano —si bien se halla calificado también desde un grupo de problemas teóricos y conceptuales englobados en "lo urbano"— remite, en primera instancia, como no ocurre en los otros casos, a un aspecto básicamente material como es la espacialidad. Lo que define al imaginario urbano no es otra cosa que la representación y consiguiente construcción de sentido que tiene como objeto de apropiación simbólica al espacio de la ciudad. Su especificidad reside en que las representaciones, las imágenes colectivas que constituyen su materia, resultan de las apropiaciones, las percepciones imaginarias y las interpretaciones colectivas sobre la ciudad presente, pasada y futura y todo lo que esté relacionado con ella: sus aspectos materiales, físicos y geográficos, sus objetos, sus construcciones, sus espacios, sus monu-

mentos, su fundación, sus hechos históricos de mayor trascendencia y su relación con otras ciudades, con su región circundante, con sus ciudadanos, con sus actividades productivas principales. El imaginario urbano pone en evidencia la relación que una sociedad determinada, en un momento histórico determinado, tiene con el espacio que habita, en el que trabaja o en el que se recrea; es la vinculación entre la sociedad y la ciudad a través de la reinención representacional que la primera realiza sobre la segunda.

Imaginario urbano e historia: ¿quiénes construyen las representaciones urbanas?

Como se sostuvo con anterioridad, si por un lado, la calificación de colectivo que suele caracterizar al imaginario alude específicamente al carácter global de la actividad representacional por parte de un conjunto de actores sociales en contraposición a la individual; por el otro, deja sin precisar las características sociales definitorias de dicho conjunto. En otras palabras, ¿a quiénes se considera como autores de las representaciones? Las respuestas posibles están en directa correspondencia con los numerosos recortes analíticos que pueden realizarse y constituyen una vía de abordaje fundamental para el estudio histórico de los imaginarios urbanos. Al menos cuatro resultan aquí importantes para ser discutidos.

En el primer caso, la filiación del imaginario responde a la división social. En este sentido se sostiene que las representaciones se distinguen según su procedencia social, comúnmente en términos de clases. Esta afirmación presenta, al menos, dos grandes problemas teóricos: uno, encierra la discusión entre dos maneras de entender la relación cultura-sociedad; ya que por un lado, se entiende la exis-

tencia de una alta cultura o cultura de élite opuesta en sus formas y contenidos a una cultura de masas o popular. Por otro lado, hay quienes sostienen la existencia de un material cultural común entre los sectores populares y los de élite cuya diferenciación resulta del proceso de apropiación particular que cada grupo realiza sobre él.³⁸ Para los primeros, entonces, la alta cultura y la cultura popular están diferenciadas entre sí por los elementos componentes de cada una. Así, Peter Burke sostiene que la alta cultura está compuesta por el arte, la literatura, el teatro y la música mientras la cultura popular se compone de artefactos tales como imágenes y herramientas, y de actuaciones tales como rituales y canciones.³⁹ Para los segundos, en cambio, la distinción entre la cultura de élite y la popular no descansa en el material cultural del que se componen ya que este es considerado común a ambas, sino en la apropiación diferenciada que realizan de él y en los usos distintos que le otorgan.⁴⁰

Dos, es un hecho teórico e histórico innegable que a la división social (entendida en términos de clases o no) corresponde una diferenciación cultural; pero demasiado énfasis en esta correspondencia suele terminar desvirtuando la relación que existe entre la división social y la cultural. En este sentido, se entiende a las diferencias culturales como resultado directo de la división social, que se convierte, con exclusividad, en el principal factor determinante de las divisiones culturales. Mas, partir *a priori* de la división social y particularmente, dentro de ella, la que privilegia la clasificación socioeconómica

38. AA.VV. "¿Qué es la historia de la cultura popular?" en *Revista Historia Social* No. 10 primavera-verano, Valencia, 1991

39. *Idem*, p. 154

40. Ejemplo de esta posición es Roger Chartier *Idem*, p. 155

mica ocupacional como único determinante de la diferencia cultural —en tanto campo en el que se expresan las representaciones— es negarle al ámbito de la cultura —considerado desde lo imaginario o no— tres de sus características esenciales: a) se está negando el hecho de que el ámbito de la cultura, en general, y el de las representaciones simbólicas, en particular, tienen una lógica de composición, existencia y desenvolvimiento que les son propias y que, por lo tanto, presentan problemas, características y aspectos particulares. Así, en su existencia y en su análisis, el campo de la cultura y de lo simbólico excede a su relación con el ámbito estrictamente socio-económico sin negarla; b) privilegiar de manera exclusiva la división socio-económica-ocupacional como determinante de la división cultural expresada en lo representacional, es negar la existencia de otros principios sociales de diferenciación que influyen, tanto como aquella, en la división cultural. Son ejemplos, en este sentido, la diferencia generacional, la distinción de géneros, la pertenencia étnica, entre otros;⁴¹ c) finalmente, es necesario reconocer que así como la división cultural es entendida a partir de la social —sobre todo en razón de las desigualdades de distribución—, el conocimiento acabado y completo de la división social también puede lograrse por medio del estudio y el entendimiento de la diferencia cultural. Ésta se convierte, entonces, a través de cualquiera de sus expresiones, en una herramienta sumamente útil para dar cuenta de aspectos de la división social sobre los que no puede dar cuenta el exclusivo análisis socioeconómico. De

hecho, el imaginario se constituye como una pieza eficaz para el control de la vida colectiva y el ejercicio del poder —las representaciones fundan, desde este punto de vista, su legitimidad—, como lugar donde se desarrollan y definen conflictos sociales y como la propia materia que está en juego en estos conflictos.⁴² Tal vez uno de los conceptos que mejor sirvan para ejemplificar en su esencia esta cuestión sea la noción gramsciana de hegemonía que alude no sólo a la dominación política sino a la dirección ideológico-cultural, al control, a la imposición no forzada de la concepción del mundo —compuesta por un amplio repertorio de objetos culturales— por parte de un grupo social sobre otros.⁴³

En el segundo caso, la autoría de las representaciones específicamente urbanas responde a la división entre quienes construyen la ciudad y quienes la habitan. De este modo el imaginario urbano se constituye como el sistema de representaciones de la ciudad que construyen quienes la diseñan, le dan forma y estructura; quienes determinan, organizan y reglamentan sus espacios y sus usos; quienes la reforman y aportan al legado urbano del pasado y quienes la crean y recrean desde lo nuevo. Dentro de este grupo no sólo participan diseñadores, urbanistas y arquitectos con roles específicamente de creación y reforma, sino todo órgano estatal o civil, local, regional o nacional, ejecutivo, legislativo o consultivo con voluntad y poder de decisión y obra sobre el espacio urbano. En este sentido, Nicholas Green en *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France*

analiza cómo en París entre 1820 y 1850, el gobierno local, urbanistas, ambientalistas y la prensa estuvieron involucrados activamente en una campaña de transformación urbana inspirada en ideas higienistas. Green sostiene que estos actores políticos y sociales buscaron transformar París en un “jardín urbano” y que para cumplir con este objetivo construyeron y difundieron una imagen de la ciudad puesta en peligro por el crimen y el cólera y que sólo podía ser salvada de su potencial destrucción por estos factores a través de la introducción de la naturaleza en el espacio urbano, la multiplicación de los espacios verdes y la modernización urbana en general. El autor sostiene que la transformación de la identidad urbana de París fue paralela a los cambios en la construcción de la identidad burguesa: los mismos valores que orientaron el cambio político, social y cultural guiaron los cambios en el espacio urbano.⁴⁴

Sin embargo, las representaciones urbanas que constituyen el imaginario sobre la ciudad también proceden de sus habitantes, de quienes la viven, la usan y la sufren y, como consecuencia, construyen un imaginario urbano basado en sus experiencias, prácticas y memoria.⁴⁵ Esta concepción puede abusar de la homogeneidad social como característica intrínseca, tanto entre los creadores como entre los habitantes; lo cierto es que la comunidad nunca es un todo indiferenciado y sus productos culturales, del orden del imaginario o de cualquier otro, están más signados por la diferencia y la división que por la homogeneidad, la unicidad o la totalidad. Las divisiones sociales que

cruzan y entrecruzan a la sociedad en el plano de la realidad y en el analítico no dejan de signar el plano de lo representacional en tanto expresión cultural de dicha sociedad. En *La ciudad de los viajeros. Travesías e Imaginarios Urbanos: México, 1940-2000*, Néstor García Canclini analiza cómo diferentes grupos sociales que viajan diariamente en la ciudad de México por distintas razones la perciben y entienden de manera diversa. El autor combina trabajo histórico y antropológico para examinar las múltiples formas en que los actores sociales entran en relación con el espacio urbano y se lo representan de determinada manera a través de una práctica social concreta: el viaje. La imagen que construyen de la ciudad depende de lo que ven mientras viajan, el tiempo en que lo hacen, las zonas que recorren, las razones que tienen para trasladarse. Esta práctica determina que se apropien de la ciudad de una manera diferente de la apropiación que resulta de otras prácticas tales como vivir o trabajar en el espacio urbano.⁴⁶

Así como García Canclini centra su análisis en el viaje como medio de relación entre los viajeros y la ciudad, Jean Michel Deleuil en *Lyon, La Nuit. Lieux, Pratiques et Images* examina las actividades de recreación y diversión en el espacio urbano, de las cuales los habitantes y visitantes de Lyon construyeron y difundieron una imagen de la ciudad. El autor analiza cómo la imagen difundida de Lyon, a partir de mediados de 1940 y acertuada hacia 1980, representándola como la ciudad del erotismo, el exotismo y la transgresión sexual está directamente vinculada a la vida nocturna que supo imponer

41. Chartier, Roger, *op. cit.*, p. 54

42. Baczkó, Bronislaw *op. cit.*, p. 28

43. Gruner, Eduardo. “¿Otro discurso sin sujeto? Apuntes sobre el po-

der, a cultura y las identidades sociales”, en *El cielo por asalto*. Imaginarios del Mundo. Año 1. No. 1. Buenos Aires, verano 1990-1991, p. 165

44. Green, Nicholas, *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France*, Manchester University Press, Manchester, 1990

45. Roncayolo, “Representación de la ciudad”, en *La ciudad*. Grialbo, México, 1986

46. García Canclini, Néstor *op. cit.*

se por sobre otros aspectos de la ciudad en el proceso de construcción y difusión de su imagen e identidad.⁴⁷

En el tercer caso y como consecuencia de la entidad literaria y artística del tipo de fuentes históricas de las que principalmente se vale una historia de las representaciones, la dicotomía se establece entre autores y receptores. El autor de la obra (literaria, pictórica, fotográfica, musical, etcétera) construye, desde la intencionalidad o no, una determinada representación de la realidad que presenta la originalidad de su autoría particular pero comparte y depende de las convenciones, prescripciones, usos y condiciones de posibilidad del tiempo, el espacio y la sociedad históricamente determinados de los que forma parte. El receptor (el lector, el observador, el escucha, etcétera), también inserto en un contexto históricamente determinado, accede a la obra con sus propias representaciones y la “reconstruye”, “traicionando” muchas veces la intencionalidad del autor. En otras palabras, analíticamente pueden distinguirse dos instancias de construcción de representaciones de la realidad urbana: una en la producción de la obra y otra en su recepción; pero lo que subyace en ambas es el hecho de que la sociedad es portadora de un conjunto de representaciones que influyen y determinan a la obra en su producción, y que es el mismo bagaje con el cual el receptor (re)interpreta la obra en el momento de la recepción.⁴⁸

Finalmente, lo imaginario puede ser expresado como resultado de las representaciones urbanas de

los contemporáneos de la ciudad histórica (los sujetos históricos) o como resultado de las representaciones del historiador. Todo análisis histórico debe enfrentarse a esta distinción que trae nuevamente al centro del debate la diferencia entre: “realidad histórica” e “interpretación historiográfica del pasado”. Mas, en la historia económica o política suele resultar más fácil distinguir las tablas estadísticas y la letra de leyes y estatutos, que las lecturas interpretativas que realiza de ellas el historiador. Un estudio dedicado a la reconstrucción histórica del imaginario urbano de una ciudad en un periodo de tiempo determinado, se encuentra más expuesto a la confusión de las conclusiones historiográficas del autor con las expresiones representacionales de la sociedad elegida para el abordaje. Si el imaginario es interpretación de la realidad, la labor historiográfica de cada a la historia de las representaciones es, finalmente, “interpretación de interpretación”. En otras palabras, una cosa es analizar la realidad histórica (aun teniendo presentes las distinciones realizadas con anterioridad sobre lo real), y otra, analizar su apropiación imaginaria por parte de sus contemporáneos. Si son las concepciones y valoraciones personales de historiador las que pueden mezclarse y hasta desvirtuar la realidad histórica que analiza la historia social, política o económica, es su propio imaginario social el que puede intervenir y desplazar a las representaciones históricas cuando éstas son su centro de interés.

Conclusión

Como forma de pertenencia primaria y esencial —la espacial— relaciona a los sujetos históricos con el medio que los contiene y este conjunto de relaciones materiales establecidas se traduce en una contraparte representacional. Como actividad y como

su resultado, la resignificación simbólica del espacio urbano, presente y pasado, y la consiguiente construcción de una idea-imagen de la ciudad es un proceso histórico continuo al que las sociedades se entregan a lo largo de toda su historia.

Las representaciones de la ciudad, en tanto productos de un proceso de invención, no son la realidad urbana sino que resultan de su reconstrucción simbólica conformando una visión determinada de la ciudad. Como esquema de construcción de sentido el imaginario urbano adquiere una forma y unos contenidos que resultan de un proceso de selección, de apropiación y de recreación particulares de distintos aspectos de la ciudad que hacen de las representaciones representaciones objetivas manipulables en sus usos, en sus objetivos y en sus mensajes.

A pesar del creciente interés de los historiadores en el abordaje de las representaciones y el imaginario, que se evidenció en primera instancia en los estudios dedicados a las mentalidades, el análisis del imaginario urbano es aún un campo en exploración. De hecho, la relación entre sociedad y espacio urbano fue predominantemente entendida en sus aspectos materiales, mientras se descuidó el estudio de la apropiación simbólica de la ciudad por parte de los sujetos sociales.

El espacio urbano es, entonces, factible de ser analizado como resultado de múltiples procesos de percepción, interpretación e invención por parte de los sujetos. Discursos escritos, orales, textuales y visuales son los productos fundamentales de este proceso de construcción de sentido que dota a la ciudad de significaciones diversas. Leyendas, mitos, creencias, narraciones populares, canciones, historias, tradiciones, fotografías, películas, pinturas, entre otras formas de expresión, ponen en evidencia cómo ciudadanos y visitantes perciben e interpretan la ciudad. Diferenciar y caracterizar a los

autores de estas formas de expresión es un paso fundamental para el entendimiento profundo del imaginario urbano. La multiplicidad de actores sociales presentes en la ciudad en un momento histórico determinado resulta en diferentes formas de relación entre sujetos y espacio, como consecuencia, en una multiplicidad de representaciones urbanas.

Bibliografía

- AA.VV. (1991) “¿Qué es la historia de la cultura popular?” En *Revista de Historia Social*, No. 10, primavera-verano, Valencia.
- (1992) *O direito à memória. Patrimônio histórico e cidadania*. São Paulo: Departamento de Patrimônio Histórico de São Paulo.
- (1994) *Ciudades: del satélite al globo*. España, Madrid, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- ARMUS, Diego (comp.) (1990) *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BACZKO, Bronislaw (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BURKE, Peter (1993) “La nueva historia socio-cultural” En *Revista de Historia Social*, No. 7, otoño, Valencia.
- CASTORIADIS, Cornelius (1993) “La institución imaginaria de la sociedad” En Colombo, Eduardo (comp.) *El imaginario social*. Montevideo: Trilce.
- COLOMBO, Eduardo (1993) “El signo, lo simbólico y lo imaginario” En Colombo, Eduardo (comp.) *El imaginario social*. Montevideo: Trilce.
- CHARTIER, Roger (1992) *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Geos.
- (1993) “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social” En *Revista de Historia Social*, No. 17, otoño, Valencia.
- CHAZARRETA, B.; STABLE, M.; DÓCOIA, S.; PUIG, M. (1993) “Deserto, castis, espejismo, Rosario, 1887-1903” En *Encuentro de dos mundos. Actas del Congreso Internacional y III Coloquio de literatura francesa y francófona*. Rosario: UNR.

47. Deleuil Jean Michel, Lyon, *La Nuit. Lieux, Pratiques et Images*. Presses universitaires de Lyon, Lyon, 1994.

48. La reflexión es deudora de análisis sobre la historia de la lectura de Chartier, Roger op. cit.

- ÉLÉUI Jean Michel (1994) *Lyon, La Nuit Lieux Pratiques et Images*. Lyon. Presses Universitaires de Lyon.
- DEMORGON, Marcelle (s.f.) "Trazados y parcelación" En Panerai, Philippe y Depaule, Jean Charles. *Elementos de Análisis Urbano*. Nuevo Urbanismo, No. 42.
- DIAS COELHO, Franklin (1996) "Historia urbana, sujetos sociales e a construção de identidades territoriais" En *Simpósio Economia e relações de poder. A história econômica vista por diferentes recortes*. Ponencia en el Simposio Economía y relaciones de poder organizado por la Universidad Federal Fluminense.
- DÓCOLA, Silvia y Pampinella, Silvia (1995) "Imágenes de la ciudad y el río, 1850-1910" En *Revista A&P*, No. 10. Rosario. Editorial de la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño, UNR.
- FLORIAN, Héctor (1985) "Orígenes y desarrollo de la estructura urbana del barrio Refinería de la ciudad de Rosario" En *Cuadernos del CURDIUR*. Rosario. Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño, UNR.
- GARATE, Minam (1998) "Ciudad Isla? Favela aislada. Sueños y pesadillas de los letrados americanos" En *Encuentro de dos mundos. Actas del I Congreso Internacional y III Coloquio de literatura francesa y francófona*. Rosario. UNR.
- GARCÍA CANCLIN, Néstor (1997) *Imaginosos Urbanos*. Buenos Aires. Eldeba.
- (1997) *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos México, 1940-2000*. México. UAM.
- GINZBURG, Carlo (1986) *El queso y los gusanos*. Barcelona. Melchioni.
- GOZALAZ, Thayer, Alberto (1958) *Problemas urbanísticos de Rosario*. Rosario. O.F.R.
- GORELIK, Adrián (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1857-1936*. Buenos Aires. Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- GREEN, Nicholas (1990) *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France*. Manchester. Manchester University Press.
- GRÜNER, Eduardo (1990-1991) "¿Otro discurso sin sujeto? Apuntes sobre el poder, la cultura y las identidades sociales" En *El crepúsculo por asalto*, Imago Mundi, Año 1, No. 1. Buenos Aires, Verano.
- GUTIÉRREZ, Ramón y Viruales, Graciela (1977) *Evolución de la*

- Arquitectura en Rosario (1850-1930)*. Rosario. Austral.
- LABORANTI, María Inés (1998) "Travesías urbanas" En *Encuentro de dos mundos. Actas del I Congreso Internacional y III Coloquio de literatura francesa y francófona*. Rosario. UNR.
- LEDRUT, Raymond (1994). *El espacio social de la ciudad. Problemas de la sociología aplicada al ordenamiento urbano*. Buenos Aires. Amorrotu.
- LE GOFF, Jacques (1988) "Las mentalidades. Una historia ambigua" En *AA.VV. Hacer la historia*. Vol. III. Barcelona. Laia.
- LIERNUR, Jorge y Silvestri, Graciela (1993) *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires. Sudamericana.
- LIERNUR, José (1993) "La ciudad efímera. Consideraciones sobre el aspecto material de Buenos Aires 1870-1910" En Liernur, José y Silvestri, Graciela. *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires. Sudamericana.
- LYNCH, Kevin (1970). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires. Infinito.
- MARTÍNEZ DE SAN VICENTE, Sabé (1985) "La formación de la estructura colectiva de la ciudad de Rosario" En *Cuadernos del CURDIUR*, No. 7. Rosario. Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño, UNR.
- MEGLIAS, Alicia (1992). "Los modos de hacer política en Santa Fe en la segunda mitad del siglo XX. Rosario, escenario y protagonistas" En *Estudios Sociales*, No. 3. Santa Fe. Universidad Nacional del Litoral.
- MONGSFELD, Oscar (1982) "Origen del trazado urbano de Rosario" En *Ponencia al 1º Congreso de Historia de los Pueblos*. Santa Fe.
- MONTE, Alberto (1982) "La orografía del suelo y la fundación de Rosario" En *Revista de Historia de Rosario*, Año XX, No. 34.
- ORTUZAR, Raquel (1991) "Buevar Orofio y el Parque Independencia" En *Revista Rosario. Historias de Aquí la vuelta*. No. 10. Rosario.
- PONS, Anaclét y Serna, Justo (1992). "Hacia la ciudad extensa. Espaciourbano y dominación burguesa" En *La ciudad extensa. Burguesía comercial y financiera en la Valencia del siglo XIX*. Discutació de Valencia, Valencia.
- RANDLE, PH (1977) *La ciudad pampeña*. Buenos Aires. Asociación para la Promoción de Estudios Territoriales y Ambientales, OIKOS.

- RÁZOR, Amílcar (1945). *Historia de la ciudad argentina*. Buenos Aires. Imprenta Looez.
- ROMERO, José Luis (1976) *Latinoamérica. las ciudades y las ideas*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- ROMERO, Luis Alberto (1995) "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos" En Romero, Luis Alberto y Gutiérrez, Leandro. *Sectores populares. Cultura y política Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires. Sudamericana.
- RONCAYOLO (1986). *La ciudad México*. Gráfico.
- SCHORSKE, Karl (1987) *Viena, fin de siècle*. Barcelona. Gustavo Gili.
- SCOBIE, James (1977) *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1970*. Buenos Aires. Solar.
- SERRANO, Carlos (1996). "Historia cultural: un género en perspectiva" En *Revista Historia Social*. No. 26. Valencia.
- SILVA, Armando (1992) *Imaginosos Urbanos Bogotá y Sao Paulo cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá. Tercer Mundo Editores.

- VÁSQUEZ, Montalbán, Manuel (1998) *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona. Crítica.
- VIÑUALES, Graciela (1984) "Ideas y realidades de la arquitectura residencial en Buenos Aires a fines de siglo XIX" En *AA.VV. Sectores populares y vida urbana*. Buenos Aires. CLACSO.
- (1985) "Las ciudades de nueva fundación en la Argentina (1870-1925)" En Correa, Antonio (coord.) *Urbanismo e Historia Urbana en el Mundo Hispano. Tomo I*. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.
- VOVÉLE, Michelle (1985) *Ideologías y mentalidades*. Barcelona. Ariel.
- WILLIAMS, Raymond (1981). "Hacia una sociología de la cultura" En *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona. Paidós.
- (1961) *Culture and society, 1780-1950*. Edinburgh. Penguin Books.
- YUJNOWSKY, Oscar (1971) *La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano*. Buenos Aires. SIAP.

Historia, ciencia y sistemas urbanos:

■ *las "inversiones de perspectiva"
en la obra de Bernard Lepetit*

Roberto Narváez de Aguirre
Universidad Nacional Autónoma de México